Vuelta de hoja

# El Canoabo de Vicente

JULIO BARROETA LARA

Cuando la abuela me hablaba de Canoabo, yo evocaba una aldea silenciosa, sembrada junto a leves colinas y dormida entre pastos verdes, árboles cargados de naranjas, de lechosas, de cambures. Algún río los regaría y alguna vaca pastaría en la orilla del camino. Y dentro de ese bucólico cuadro, un cura estaría pastoreando almas buenas y echándole remiendos a las que no son buenas; aparecería una maestra de escuela enseñando que dos y dos son cuatro y que los palotes vienen a ser las columnas arquitectónicas de la "A" y de la "B".

Vicente Gerbasi cantaría esa tierra, tierra de sus magias infantiles. "Por eso su mensaje", dice Pedro Díaz Seijas, "que parte de ese mundo típico, alcanza categoría universal". Fue esa la recomendación de Chejov.

Desde Canoabo a Individuo de Número de la Academia de la Lengua, está tendido un puente de metáforas. En su discurso de incorporación, Vicente dirá que "el poeta nace de su propia alma". Y por eso en ese canto suyo hallaremos que la melancolía es la más bella de sus notas. El recuerdo sagrado para el padre que dejó la tierra de espesos vinos y dulces canciones para echarse a la mar y domar tierras lejanas y desconocidas, es el alma misma de Vicente. Su poesía, toda, está inundada por ese vino añejo de la melancolía. "Sin melancolía", decía Víctor Hugo el inmenso, "no hay romanticismo". Y sin romanticismo no hay, jamás habrá, poesía.